

Cesar



Falkón



EL AGENTE



La novela de...

CONFIDENCIAL

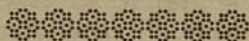
Ayuntamiento de Madrid

# LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: AUGUSTO VIVERO

Año I



Núm. 20

## EL AGENTE CONFIDENCIAL

ESBOZO DE NOVELA POR

César Falcón

Portada de Argüello



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41

MADRID



Pidan los folletos aquí anunciados a EDICIONES LIBER-  
TAD, Roma, 41, MADRID.—A reembolso, 30 por 100.

LA NOVELA PROLETARIA y la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, son las publi-  
caciones predilectas del pueblo. Raro es el número que no se agota. De cada uno de  
éstos se vende un promedio nunca inferior a 30.000 ejemplares.

En LA NOVELA PROLETARIA colaboran todos los hombres revelantes de las  
izquierdas españolas. Es una siembra ideológica formidable, sin igual hasta ahora en  
España.

La BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, terror del beaterío, de la clerecía y de los  
clericales al servicio de la República, no se puede anunciar en ningún periódico de los  
llamados republicanos. Los neos compran los ejemplares para destruirlos. Los curas  
los maldicen desde el púlpito. Las beatas de cruz al cuello, los consideran obra de  
Satanás.

## VAN PUBLICADOS EN

### «La Novela Proletaria»

- Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por  
Augusto Vivero.  
Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por  
José Antonio Balbontín.  
Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por  
Eduardo Barriobero.  
Núm. 4.—«La caída del Dictador», por  
Angel Pestaña.  
Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel  
Samblancat.  
Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!»,  
por Carrasco.  
Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por  
Salvador Sediles.  
Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo  
de Guzmán.  
Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto  
Vivero.  
Núm. 10.—La Bomba, por Rodrigo Soriano  
Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario»,  
por Mauro Bajatierra.  
Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por Cé-  
sar Falcón.  
Núm. 13.—«Infamias», por Antonio Jimé-  
nez.  
Núm. 14.—«La ley de fugas», por Emilio  
Mistral.  
Núm. 15.—«Abel mató a Caín», por Ra-  
món Franco.  
Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón  
Magre.  
Núm. 17.—«El enchufista», por Augusto  
Vivero  
Núm. 18.—«Resignación, hermanos!», por  
Salvador Sediles.  
Núm. 19.—«Noche Roja», por R. Soriano  
Ejemplar, 125 céntimos!

### «Biblioteca de los sin Dios» de Augusto Vivero, los si- guientes:

- Núm. 1.—«Jesucristo, mala persona».—  
2: Las alegres abuelas de Jesucristo (de-  
nunciada).—3: La absurda virginidad de  
María (denunciada).—4: ¡Eso de las hos-  
tias!—5: La farsa de Cristo rey.—6: Los  
chirimboles del altar.—7: La ignorancia  
de Jesucristo. | 8: ¡Vaya un Cielo el de la  
Biblia!—9: Jesús, santifica el matrimonio  
civil.—10: El pobre Diablo, en ridículo.  
11: Origen nefando de los conventos (de-  
nunciada).—12: Dios Padre, pedrusco.  
13: Cristo no fué cristiano.—14: El Sa-  
cramento Vaginal.—15: Jesucristo homo-  
sexual.—16: El Santo revoltillo de la  
Misa.

Ejemplar, 125 céntimos!

## NUESTRA ODISEA EN VILLA CISNEROS

por TOMAS CANO RUIZ  
prólogo de RAMON FRANCO

50 céntimos ejemplar.

Imp. Campos — Ayuntamiento de Madrid, 1 dupdo.—Madrid

# EL AGENTE CONFIDENCIAL

## I

Aquella noche no se había tratado nada importante en la junta general del Sindicato. No obstante, cuando se propuso gestionar del gobernador civil la libertad de un compañero detenido, en un extremo del salón, fijado sobre el muro por la luz pálida de una bombilla eléctrica, se levantó un hombre robusto, despechugado, la cabellera en desorden, bigotes revueltos y la voz bronca a oponerse rotundamente:

—Nosotros no podemos ni queremos pedirle nada a las autoridades. Somos revolucionarios, y cuanto queramos debemos tomárnoslo por la fuerza.

Su palabra poderosa resonó en la asamblea como un toque de rebato. El asunto no era, en realidad, muy grave. El compañero estaba detenido por sospechas manifiestamente infundadas. El comité directivo

lo sabía bien y quería exponer sus razones a la autoridad. La asamblea no veía la gestión con disgusto. Pero la palabra imponente del camarada se alzó contra las vacilaciones complacientes de la asamblea.

—Es necesario—continuó diciendo con agresivo vigor—acabar de una vez con esas claudicaciones reformistas. Nosotros, camaradas, no tenemos nada que ver ni nada que pedir a las autoridades burguesas. Eso se queda para los traidores socialistas. Si un camarada está injustamente detenido, debemos asaltar la cárcel y ponerlo en libertad. Pero nada de pedir. Los obreros revolucionarios no deben pedir nada a la burguesía ni a sus lacayos.

Uno de los directivos trató de explicar el caso. La asamblea estaba ganada ya por la protesta inexorable del intransigente. Esto le obligó a responder con meditada cautela.

—Nadie quiere humillarse ante las autoridades, dijo, ni pedir nada a la burguesía. El asunto es más sencillo. El compañero está detenido porque se sospecha que ha intervenido en un atraco. El comité sabe que la sospecha es totalmente infundada. Si alguna apariencia ha inducido a la policía a sospechar de él, queremos deshacerla en seguida. No vamos a pedir nada. Vamos simplemente a aclarar; en todo caso, a exigir la libertad de un inocente. Nosotros



queremos mucho la libertad de nuestro camarada. Pero comprenderá el compañero que acaba de hablar que es un poco exagerado proponer que se asalte una cárcel, que se haga la revolución por libertarlo...

—Pues de eso se trata—le interrumpió el protestante—. Si sois revolucionarios, debéis hacer la revolución y nada más. Ya basta de contactos con las autoridades. Este Sindicato está compuesto por obreros revolucionarios y no por monjas peticionarias. Si somos revolucionarios, debemos estar preparados para sufrir todos los atropellos de la infame burguesía y de sus esbirros y contestar a ellos con la fuerza. ¿Para qué tenemos entonces la fuerza? ¿Para pedirle perdón a un miserable gobernador civil? ¡No! Eso no se hará nunca con mi voto. Yo estoy resuelto a morir por la revolución, y si hace falta mi vida para libertar a un camarada, como si es para libertar a toda la clase oprimida, estoy dispuesto a ello. Aquí me tenéis.

Estas palabras encendidas provocaron un estremecimiento en la asamblea y un torrente de aplausos. El obrero las había dicho con un acento vigoroso y las pupilas fulgurantes. Los directivos comprendieron la inutilidad de insistir. La protesta había captado a la masa. El presidente terminó rápidamente el trámite. Como a la asamblea no le agradaba que se hicieran las gestiones propuestas, no se harían.

—¡Haced la revolución!, rugió, como punto final, el obrero triunfador. Ese es vuestro deber.

Otra salva de aplausos inundó el salón. Un obrero de barbas canas, avezado en la lucha, avanzó lentamente desde un rincón y se acercó sonriente al triunfador.

—Has estado muy bien—le dijo—. Tienes fuego... Pero todavía no sé si eres ingenuo o ingenioso...

El otro, mirándole fijamente, respondió:

—Yo no soy sino revolucionario...

El obrero encanecido volvió a sonreír y se separó de él. La sesión no pudo continuar. Las palabras del revolucionario habían avivado las ansirs polémicas de los obreros. Todos querían discutir las, hablar de ellas, dilucidar el punto. Cuando el presidente levantó la sesión, la mayoría estaba ya derramada en los pasillos, discutiendo y gesticulando. El triunfador pasó entre el tumulto envuelto en un enjambre de miradas.

—Tú debes tener un puesto en el comité, le dijo uno.

—Yo sólo quiero un puesto en las barricadas—respondió él en voz alta.

Al salir, hurtándose a los grupos, se unió a un muchacho de mirada luminosa. Durante la sesión le había observado atentamente. Había advertido con cuánta atención escuchaba sus palabras, y su encuentro



no fué casual del todo.

—¿Hacia dónde vas?

—Al centro.

—Iremos juntos... Vienes poco por el «Sindi». ¿Dónde trabajas?

—Estoy parado.

—Como todo el mundo... ¡Y todavía quieren pedirle favores al gobernador! ¡Lo que había que hacer era ponerle una bomba y volarlo con toda la burguesía! Algunos compañeros no se dan cuenta de que la lucha revolucionaria es una guerra... Al enemigo no puede pedírsele favores de ninguna clase... Al enemigo hay que destruirlo...

—Yo estoy de acuerdo contigo.

—Lo sé. Tú eres un buen revolucionario. Por esto me he acercado a tí. Todos los buenos revolucionarios debemos unirnos y actuar juntos. Si vamos a pedir favores, la revolución no se hará nunca y se afianzará la explotación capitalista... Para eso del camarada detenido yo tengo un plan...

—Habla con los compañeros del comité...

—¿Para qué? Ellos quieren conseguir su libertad por favor. Yo quiero conseguirla, en cambio, revolucionariamente...

—Si tú les hablastes, tal vez se convencerían...

—La revolución se siente o no se siente. Eso de

convencer no da ningún resultado. El que no está convencido no hay manera de convencerle. Lo mejor es crear el hecho revolucionario, y entonces se convencen todos...

—¿Pero acaso te propones actuar a espaldas del comité?

—No se trata de nada que afecte al Sindicato. Mi plan es una cosa independiente que podemos realizarla unos cuantos compañeros...

—¿Cuál es?

—Te lo diré mañana. Ve a las once de la noche al café Portugal. Nos reuniremos varios camaradas para hablar de ello. ¿Irás?

—Si hago falta...

—¡Naturalmente, hombre! Cuando se trata de un acto revolucionario todos los buenos militantes hacen falta. No seremos sino siete u ocho...

Llegaban a una bifurcación de la calle. Ambos se detuvieron al mismo tiempo como comprometidos en el acuerdo tácito de separarse.

—¿Y qué?... ¿Irás?

—¡Sí, claro!

—Pues hasta mañana... ¡Ah!... ¿Cómo te llamas tú?

—Manuel Doria.

—Tú sabes ya mi nombre: Mateo Trebal. Salud.

—Salud.

Los dos desaparecieron separadamente en la penumbra de las calles.

## II

En un rincón del café, nublado por el humo de los cigarrillos, seis compañeros se apiñaban en torno a una mesa. La conversación corría como un runruneo, escondida en el vocerío de la concurrencia. Los seis compañeros se daban cuenta de la importancia de la reunión. Trataban, por esto, de disimular su charla, de hurtarse a la curiosidad de los vecinos. Sin embargo, aún no sabían cuál era el objeto de la reunión y no estaban muy seguros de estar de acuerdo con él. Mateo les había convocado. Todos tenían en Mateo una especie de confianza temerosa. Les sugestionaba su ímpetu revolucionario, su decisión para afrontar las cuestiones del Sindicato. Pero estas virtudes les infundían, al mismo tiempo, un miedo inconsciente. Los seis eran muy revolucionarios, estaban dispuestos a cualquier cosa en favor de la revolución y de la solidaridad proletaria. Pero Mateo era más revolucionario aún, tenía siempre la iniciativa más extrema, y esto les confundía un poco. Les daba a veces la sensación de haber llegado al límite de



una zona oscura en la cual Mateo entraba con resuelta familiaridad.

Manuel entró en el café con el aire estudiadamente disimulado de quien procura no hacerse notable. Avanzó hasta el fondo del salón, buscando de reojo entre los corrillos la figura de Mateo. Aunque no frecuentaba este café, procuraba discurrir dentro de él como uno de sus habituales. Al llegar al fondo, le sorprendió no encontrar a Mateo. Eran las once y diez. Mateo, como todo buen revolucionario, debía ser puntual.

Los compañeros de la mesa se dieron cuenta en seguida de su presencia.

—Ese es un compañero del «Sindi», dijo uno. Seguramente está citado por Mateo.

Otro, entonces, lo llamó con una seña. Manuel se acercó a la mesa.

—Mateo no ha venido todavía. No tardará. Siéntate.

La reunión quedó constituida con siete miembros. Manuel reconoció a varios compañeros del Sindicato. Todos eran camaradas. Todos pertenecían a la misma organización. Todos tenían el mismo espíritu revolucionario. Mateo había formado un grupo de perfecta homogeneidad espiritual.

—¿Para qué nos hemos reunido?

—No lo sé. Mateo es quien nos ha citado.

—A mí me ha dicho que tiene un plan para liberar al compañero detenido...

—Eso no lo veo claro. Yo no era partidario de la proposición del comité. Pero ¿qué otra cosa puede hacerse? Además, me parece que se le ha dado demasiada importancia al asunto. Miles de compañeros han estado y están detenidos, en todas las cárceles de España, y la organización los ha defendido, los ha socorrido y ha trabajado y trabaja por la libertad de todos ellos. Pero nadie ha propuesto que se haga la revolución sólo por eso. Nosotros tenemos que proceder siempre dentro de las normas de la organización...

—Eso es lo primero. Las normas de la organización son inviolables. Esta es mi opinión...

—Y la mía.

—En eso todos estamos de acuerdo...

—Pues entonces, ¿qué puede hacerse dentro de las normas de la organización por el compañero detenido? A mi modo de ver, sólo puede nombrársele defensor, ayudarle a defenderse y que el comité propiosos se encargue de socorrerle a él y a su compañera. Si le condenasen, podría hasta declararse la huelga general...

—Lo cierto es que todos los obreros están muy indignados por la detención de ese compañero. Todo

el mundo sabe que es inocente... Para una acción en favor de él podemos contar hasta con los socialistas...

—Eso me consta.

—Pero debemos esperar a ver qué nos dice el camarada Mateo. El también es un buen revolucionario. Según me han dicho, ha militado mucho tiempo en la organización de Barcelona...

—Como buen militante, lo es. Eso no se puede dudar.

—Pero yo creo que ningún militante puede hacer nada a espaldas del comité. Si todos nosotros hemos elegido un comité, es para acatarlo y cumplir sus decisiones. En todo caso, si no estamos conformes con su actuación, podemos enjuiciarlo en una asamblea...

—Que yo sepa, nadie se propone suplantarlo al comité.

—Tampoco sabemos lo que vamos a hacer...

—Eso nos lo dirá el camarada Mateo...

—Ya está tardando...

—Un buen revolucionario debe ser puntual...

—Pero también debe saber esperar...

—Aquí estamos esperando...

La conversación siguió rodando sobre temas indiferentes. De pronto, entre los cenales de humo, surgió la imagen de Mateo. Se instaló en la reunión con ímpetu conquistador.



—Salud, camaradas...

El saludo atrajo la atención de los concurrentes vecinos. Mateo lo advirtió inmediatamente y desvirtuó su énfasis, mientras se sentaba, con un complemento banal:

—Salud y... buen humor.

Los compañeros quedáronse pendientes de sus palabras. Mateo fingió no darle importancia a la expectación. Llamó al camarero con dos palinadas rotundas y discutió con el camarero la porción de café...

—Más café, más café... Necesito templar los nervios... Esos individuos de ahí estaban a la escucha. No mirar, no mirar.

Sorbió dos fuertes tragos.

—Ahora hablemos de nuestras cosas. Hablad despacio para no llamar la atención. Parece, según me han dicho, que se ha recibido una comunicación de la Regional ordenando estar prevenidos, porque pueden realizarse acontecimientos. Por esto precisamente me he retrasado tanto. Como es natural, sea lo que sea, todos debemos estar a las órdenes del comité. Los buenos revolucionarios debemos observar una disciplina de hierro. Algunos han creído que usted pretendía mermar la autoridad del comité; esto es una majadería. Yo estoy absolutamente sometido al comité en todas las cuestiones vitales de la organización. Los

debates en las asambleas son una cosa y la disciplina es otra. Si ahora viene algo, todos, como un solo hombre, debemos obedecer al comité, sin discutir sus órdenes.

—Eso creo yo.

—¡Naturalmente! Y todo buen militante —afirmó Mateo—. La disciplina es lo esencial en todo revolucionario... Callaos un instante.

Sus palabras ganaron el ánimo de los compañeros. Mateo había advertido el recelo de los camaradas, y para deshacerlo había planteado la cuestión justa. Todos los compañeros, para borrar la atención de los vecinos, fingieron distraerse. Un instante después se desocupó la mesa vecina.

—Ahora podemos hablar libremente—comentó Mateo—. El café es el mejor sitio para hablar, pero hay que tener mucho cuidado. Bueno. Vamos a lo nuestro. Me parece que en vista de las noticias de la Regional, debemos dejar para otra ocasión lo del compañero detenido. Acaso los acontecimientos que se anuncian lo resuelvan todo.

Sus palabras causaron un poco de desconcierto en los camaradas. Mateo miró sucesivamente uno a uno con la intención de descubrir en sus rostros sus respectivos pensamientos.

—El camarada Mateo tiene razón—afirmó de pronto rotundamente uno de los compañeros.

Mateo les miró rápidamente a los demás. En las miradas de los otros creyó advertir una cierta coincidencia. Esto le decidió a decir en un tono conciliador con él mismo.

—Claro que a lo mejor no ocurre nada, porque no se dan las circunstancias que deban darse, y el compañero se queda detenido... Nosotros no estamos seguros de nada. Ni siquiera sabemos si es verdad la comunicación de la Regional. A mí me lo ha dicho un compañero a quien se lo había dicho otro, pero yo no la he visto...

—En eso estoy yo—le interrumpió un compañero—. Nosotros nos hemos reunido esta noche para ver qué hacemos en favor del compañero preso, y ahora vamos a dejarlo todo, porque dicen que ha llegado una comunicación de la Regional.

—¿Y si es verdad?—le respondió otro—. ¿Y si efectivamente se prepara algo grande y nosotros vamos a crear dificultades sin saberlo?

—Según—arguyó Mateo—. Nuestros actos pueden entorpecer los planes de los directivos y pueden favorecerlos. Porque si se trata de un acto aislado que promueve una gran agitación en la masa trabajadora, puede muy bien preparar el terreno para el movimiento general.

—Claro—dijo secamente otro compañero.



—Por esto—insistió Mateo—debemos tratar el asunto con serenidad. Yo soy partidario de no hacer nada. Pero fijaros bien en esto: nosotros realizamos un acto aislado y ponemos en libertad al compañero detenido—porque de esto se trata—. La libertad de este compañero por la fuerza, sin pedirla ni someterse a las autoridades de la burguesía, sería un triunfo enorme para el Sindicato. Los obreros vendrían a él en masa y resueltos a todo. Desde ese momento podría considerarse triunfante cualquier movimiento general, porque, además, la burguesía y sus esbirros estarían desmoralizados...

—Ahí, ahí... Yo estoy en eso—manifestó un compañero—. Un buen golpe ahora destruiría la moral del enemigo. ¡Hay que darlo!

—Por mí no hay inconveniente—se apresuró a decir Mateo—. Yo he opinado en un sentido. Pero si vosotros lo acordáis, yo iré el primero...

—¿Y cuál es tu plan? Porque todavía no sabemos de lo que se trata.

—¡Ah!, esa es otra cosa. Vamos por orden. Primero es necesario saber si estamos de acuerdo en realizar un acto para libertar al compañero preso.

—Por mí, sí—respondió uno.

—Si no puede perjudicar a los planes de la organización, ya no tengo inconveniente...

—Y tú, Manuel, ¿qué dices?—le preguntó Mateo—. Todavía no has abierto la boca.

—Lo que acordéis.

—Bueno—afirmó rápido Mateo—. Veo que me quedo sólo en mi opinión. Si todos lo queréis, vamos a ello. Se trata de... Pero ¿estáis todos conformes en realizar el acto?

Una voz dijo enérgicamente: sí. Los demás callaron.

—Nada, entonces—continuó Mateo sin esperar más—. A ello. Se trata de lo siguiente: Cuando hablé en la asamblea de asaltar la cárcel, no lo dije a humo de paja. Efectivamente: es posible. Más que posible: fácil...

Mateo se detuvo un instante para comprobar la vehemente atención con la cual le oían los compañeros, y continuó:

—Yo he estudiado el asunto sobre el terreno. Ahora casi no hay guardia en la cárcel. Sólo hacen servicio de noche dos guardias y un sereno. Los guardias están en el portal y el sereno duerme al lado de la reja, hacia afuera. El director y el oficial duermen en el piso de arriba; si hacemos las cosas bien, ni siquiera se enterarán. Mi plan es: primero, cortar el teléfono; los hilos van por la parte de atrás; luego, uno se acerca al guardia del portal y le dice que trae un recado urgente para el director; en cuanto abra,

entramos cinco, dominamos a los guardias, le quitamos las llaves al sereno, dos entran a sacar al compañero y tres se quedan en el zaguán cuidando a los guardias y al sereno. Otros dos estarán vigilando en la puerta y uno en la esquina, por si viene alguien, dar la voz de alarma. ¿Qué os parece?

—¡Pistonudo!

—¿Pero tú sabes de cierto que sólo hay dos guardias?

—Lo he comprobado tres noches seguidas. Como ahora no hay sino un preso social y seis comunes, no tienen mucha vigilancia.

—¿Y vamos a libertar también a los comunes?

—¡Claro, hombre, si se da fácil! Nosotros vamos por nuestro compañero; pero si podemos, libertamos a todos. Nosotros no queremos cárceles... Lo que debíamos hacer es soltar a todos los presos y quemar la cárcel...

—No compliquemos las cosas. Hay que ir a una cosa y hacerla. ¿Estáis de acuerdo con el plan?

—Yo estoy en todo de acuerdo.

—Oye, camarada Mateo, yo quería hacerte una observación. Tu plan me parece bien; pero yo no sé si esta clase de actos están dentro de las normas de la organización. Esto me parece muy importante, porque nosotros no podemos actuar fuera de las normas



de la organización. A mi modo de ver, las normas son lo primero.

—¿Y cuáles son las normas de la organización?— le preguntó irónicamente Mateo. Pero en seguida se dió cuenta de su error y cambió de rumbo:

—Mira: las normas de la organización sólo se refieren a los actos oficiales de la organización. Pero éste no es un acto de la organización ni podemos mezclarla en él. Esto lo hacemos nosotros, aisladamente. La organización no puede intervenir, porque no puede comprometerse. El deber de todos nosotros es precisamente ese: no comprometerla.

—Ya te lo he dicho yo—afirmó un compañero.

—Es el mismo caso que si se tratara de un acto de sabotaje—continuó Mateo—. Esto lo hacen varios compañeros aisladamente. La organización se beneficia de sus buenos resultados, pero no interviene. ¿Has comprendido?

—¿Y por qué no lo ponemos en conocimiento del comité?

—Podemos, pero no debemos. ¿No te das cuenta que eso es comprometerle?

—¡Claro, hombre, leche! ¡Está más claro que la hostia!

—¡No! ¡Ni hostias ni leches! ¡Para mí no está tan

claro! ¿Qué puede pasar si se lo decimos a los compañeros del comité? Si...

—Que los compañeros del comité te dirán que a ellos no debías haberles dicho nada.

—¿Por qué?

—Porque si el comité lo sabe puede darse la casualidad de que, una vez hecho, se descubra que lo sabía—cosa que no es difícil averiguar—, y toda la responsabilidad sería entonces para la organización. En cambio, si no lo sabe, ocurra lo que ocurra, no hay manera de probar la complicidad o el conocimiento del comité, y la organización queda a salvo. Los únicos responsables seremos nosotros individualmente, y ya nos guardaremos cada uno por su lado... ¿Te has dado cuenta?

—Eso sí me ha convencido. Al que no sabe no se le puede coger en renuncios...

—No cabe duda. Bueno. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Estáis conformes?

—Sí.

—Lo mismo digo.

—¿Y cuándo vamos a actuar?

—Un momento. Mañana, a las diez de la noche, al final del Paseo, en un banco que está al lado de las palmeras. La regla de todo buen revolucionario es no

reunirse dos veces en el mismo sitio. Allí ultimaremos todos los detalles. ¿Estamos? ¡A las diez en punto!

—Como un clavo.

—Pues en marcha. Nos hemos quedado solos.

El grupo salió a la calle en animado tropel. La agitación había ganado los ánimos. El proyecto no era gran cosa. Sin embargo, todos se sentían en la inminencia de un gran acontecimiento.

### III

El asalto se realizó como había sido planeado. Manuel se encargó de llamar a la puerta y hablar con el guardia. La misión era muy difícil. Aunque el guardia no fuera muy perspicaz, la llamada de un obreiro a las dos de la madrugada debía infundirle sospechas. Pero cuando las caras del guardia y de Manuel se encontraron frente a frente, esclarecidas por el resplandor del foco vecino, se reconocieron amigos. El guardia y Manuel eran del mismo pueblo. Esto abrevió el trámite. Manuel no necesitó dar muchas explicaciones. Se limitó a decir, después de unas frases amistosas:

—Abre. Venimos a un recado urgente.

Ayuntamiento de Madrid



La puerta se abrió en seguida y los cinco compañeros entraron en tropel. Mateo se quedó en la puerta dirigiendo la maniobra. Para calmar la estupefacta ansiedad del guardia, Manuel le informó de lo conveniente al caso:

—Déjate atar. No te pasará nada. Venimos a liberar a un compañero...

El guardia quedó inmediatamente atado por dos compañeros. El otro guardia apenas se dió cuenta del incidente. Estaba dormido. Cuando abrió los ojos, sus manos eran ya impotentes. Se limitó a suplicar a voces:

—¡No me maten! ¡No me maten!

—¡Calla, idiota! ¡Quédate ahí, quieto! ¡No te pasará nada!

Al mismo tiempo, el sereno, requerido por dos pistolas urgentes, entregaba las llaves. Apenas hubo ruido. Mateo, desde la puerta, no apreciaba bien el suceso. Tres compañeros abrieron la reja y entraron rápidamente por el detenido. Manuel y otro se quedaron en el zaguán. Mateo percibió el silencio e ingresó el cuerpo en el umbral para gritarles:

—¡Huyamos! ¡Pronto! ¡Nos han vendido!

—¡Ca, hombre! ¡Ya está todo!—le respondió, sonriente, Manuel.

Mateo se quedó estupefacto. Pero no tuvo tiempo de

reaccionar. Inmediatamente surgió en el zaguán el compañero detenido rodeado de sus libertadores.

Uno de los asaltantes gritó:

—¡Los comunes, leche! ¡Que se quedan los comunes!

Mateo volvió en él rápidamente:

—¡No! ¡No! ¡Eso es muy grave!

—¡Qué grave ni qué hostias! ¡Soltar a los comunes!

—¡Calla! ¡Yo les he avisado ya!

Los comunes aparecieron en ese instante. Formaban un grupo compacto, temeroso, inseguro de su situación. Sin embargo, no se detuvieron. Avanzaron hasta la salida. Al verse en la calle, se avivaron en todos ellos, unánimemente, sus deseos de libertad y se dispersaron apresurados en distintas direcciones. Sólo uno, al ver a los obreros dueños de la puerta, se atrevió a decir:

—¿Qué? ¿Ya la habéis armado? ¡Duro con ellos!

Y desapareció.

—¡Salud, compañeros! ¡El proletariado os da la libertad, le respondió, no a él, sino a su sombra fugitiva, uno de los obreros.

Rodeado de los camaradas, Mateo estaba sumido en un anonadamiento. No sabía cómo moverse. Se veía en una situación incomprensible. Uno de los compañeros advirtió la urgencia del instante.

—¿Qué te pasa, moño? ¡Habla! ¿Qué hacemos?

—¡Vámonos!

Esta contestación, subconsciente, resolvió la situación y reintrodujo a Mateo en él mismo. El grupo echó a caminar en silencio. Manuel se acercó rápidamente al guardia amigo e inerte.

—¡Salud, chico! ¡No pasará nada! Espera un rato y luego te desatas...

Los compañeros volvieron varias calles hasta llegar a un despoblado. Aquí se detuvieron a deliberar.

—¿Qué hacemos?

—Lo primero es salvar a este compañero. A él es quien van a buscar deseguida.

—Tú, Mateo, que tienes más recursos, encárgate de él. Cada uno de nosotros verá lo que hace. ¿Hecho?

Mateo tuvo el impulso inconsciente de negarse. Pero una idea debió iluminar súbitamente su cerebro, porque se detuvo en el arranque y aceptó el encargo:

—Sí, sí; bien. Tú te vienes conmigo. Y ahora, cada cual por su lado. ¡Buena suerte! ¡No os dejéis coger ninguno! ¡Avivad desde donde estéis al Sindicato, y si os marcháis fuera, no os olvidéis de enviar noticias...

—Lo dicho. Salud.

—Salud. Salud. Salud.

Las sombras se esfumaron a poco en los recovecos



de las calles. Mateo y el camarada libertado se marcharon juntos, uno al lado del otro, en silencio, denunciando cada uno sus propios pensamientos.

#### IV

Mateo entró como un fantasma. Ya conocía bien la casa y pudo subir las escaleras, como siempre, sin ser advertido. Cuando se encontró ante el hombre de mirada torva y bigote fátuamente retorcidos, al cual iba a dar cuenta de su actuación, sus carnes temblaban como las de un niño asustado. No estaba seguro de la solidez del piso. Una serie de temores nublaba su mente. El jefe de policía, envuelto en un gabán viejo y restregando las zapatillas en el suelo, le recibió, en cambio, con la misma grosera cordialidad de siempre:

—¿Qué hay, c...nudo atracador? ¿Cómo ha salido eso?

Mateo no tenía, sin embargo, confianza en esa primera manifestación de agrado...

—Todo se malogró, señor, porque uno de ellos tenía amistad con el guardia y consiguió que le abriera la puerta en seguida. Cuando quise retirarlos, ya estaban dentro. Yo había organizado el asalto sin consecuencias, cumpliendo sus órdenes; pero ocurrió eso,

y cuando quise detenerlos, ya lo habían hecho todo... Pensé en retirarlos por la fuerza... Yo estoy siempre dispuesto a dar mi vida por cumplir las órdenes de su señoría. Pero creí que habría sido peor para más tarde una actitud violenta...

—Peor para tí—dijo el jefe con sorna—. Ya sabes tú lo que haces. Tienes que andarte con mucha pupila, porque los «camaradas» te enfrían en cuanto se den cuenta.

—Yo haré todo lo que mande su señoría.

—Eso no lo olvides, porque ya sabes tú que aquí tenemos cuentas pendientes. No pierdas de vista este pequeño detalle... Bueno... Esta vez nos ha salido mejor que queríamos. Ya le hemos dicho a la prensa que los asaltantes han sido los sindicalistas; mañana les daremos nuevos detalles para hacer un poco más de escándalo; pasado mañana clausuraremos los Sindicatos, cogeremos a los dirigentes, les daremos lo suyo y a hacer piruetas... De paso nos hemos cargado al director de la cárcel. ¡A ver ahora si el que venga se niega también a dejarnos intervenir! ¿Ves tú cómo las cosas bien dirigidas salen mejor que lo que uno piensa?

—Yo me he atendido a las instrucciones de su señoría...

—¡Claro! Pero yo no creí que pudiérais entrar en

la cárcel. Con asaltarla bastaba para hacer lo que queríamos. Pero eso de haberse llevado al preso, ha sido c...nudo... ¿Y qué? ¿El cabrón ese ni siquiera se dió cuenta?

—¿Quién, señor?

—El director.

—No oyó nada. Debía estar durmiendo.

—Pues ya lo hemos molido. ¡Menudo despertar!

Una sonrisa oblicua distendió sus labios. Mateo quedó esperando con la mirada interrogativa. El jefe lió pausadamente un cigarrillo, lo encendió, le dió dos chupadas, reflexionando, y luego, con lentitud, se volvió a Mateo.

—¿V dónde está el desgraciado ese?

—¿El preso?

—Sí.

—Está en mi casa. Yo me lo he llevado para tenerlo en la mano.

—¡C...nudo! Eso merece recompensa especial...

Dió media vuelta, abrió un cajón y le entregó a Mateo un billete de cien pesetas.

—Toma para gastos extraordinarios. Y pupila, ¿eh? Cuando las cosas salgan bien, esto; pero si cerdeas, ya sabes lo que te espera...

—Gracias, señor.

—Ahora hemos logrado un completo éxito. Dentro de



cuatro días, un triunfo policial: la captura del atracador fugado. Que no se mueva de tu casa. ¿Tienes armario?

—Sí, señor; uno pequeño.

—Bien. Ven pasado mañana. Rodearemos la casa. Lo metes en el armario para que lo encuentren allí. ¡Hay que dar un detalle sensacional! ¿Has entendido? Emborráchate, come y juerguea cuanto quieras estos días, porque te cogemos a ti también. Esto despistará a los «compañeros»...

Mateo palideció hasta quedarse lívido. El jefe le miró torvamente.

—¿Qué? ¿Te chincha ir unas semanas a la cárcel?

Mateo vaciló sobre sus piernas.

—La verdad, señor...

El jefe le clavó la mirada.

—Peor sería que te enviase por el asesinato del tabernero. ¿Te has olvidado?

—No, señor; no. Yo hago lo que su señoría mande.

—Pues lo dicho. Márchate... Ya sabes: aquí hay billetes; pero también hay lo otro... ¡Que no se te olvide!...

Mateo salió de la casa nublado y vacilante como un borracho.

V

Dos días después, en un caserío oculto en las breñas, Mateo se paseaba de un lado a otro, terminada la comida, mientras Micaela, su concubina, retocaba sus afeites ante un pedazo de espejo.

—No te arregles, no. Aquí vamos a pasar unos cuantos días.

—¡Que te crees tú eso!

—Te lo digo en serio.

—¡Amos, anda!

—No te lo he dicho antes, porque en casa, delante de ese idiota, no hemos podido hablar. Tenemos que quedarnos aquí, Mica. Luego veremos el modo de pasar la frontera. Estoy en desgracia. Tú sabes todas mis cosas, tú sabes que todo lo he hecho por tí y nada más que por tí. Ahora el cabrón del jefe quería meterme varias semanas en la cárcel. El decía varias semanas, pero podían ser varios meses o varios años. ¡Cualquiera se fía de esos cabrones! Y yo no puedo, Mica; no puedo. La cárcel no me asusta. Pero yo no puedo vivir sin tí. ¡No puedo! Aquí estaremos completamente seguros. Dentro de unos días arreglaré para pasar la frontera y nos libraremos ya para siempre de esas puñeflerías. Yo sólo quiero vivir contigo, los dos juntos, sin más aventuras.

Micaela, escuchándole, se quedó como petrificada, con el lápiz rojo inmóvil en una mano y la mirada hundida en los ojos de Mateo. Luego reaccionó lentamente y se quedó pensativa.

—¿Y por qué no me has dicho todo eso antes de traerme aquí?

—Ya te he dicho por qué.

—Lo que tú quieras. Pero yo no me quedo aquí. ¿Te has creído que yo soy una cabra para vivir en el monte? ¡Quiá, hijo! A mí me vuelves tú en seguida a casa y tú ves cómo arreglas tus cosas, que ya sabes arreglarlas cuando quieres...

—Ahora no puedo hacer nada...

—¡Pues allá tú!

Mateo lanzó sobre ella una mirada encendida.

—Parece que no te has dado cuenta, Mica. Los dos tenemos que correr la misma suerte.

—No sé por qué. Tú dí lo que quieras, pero yo no me quedo aquí... Además, la charranada que le has hecho al chico ese. ¡Dejarlo allí para que lo cojan! ¡Vamos, que yo no lo consiento! ¿Qué le va a pasar ahora? Dí. ¿Lo van a coger?

—¡Que se jeringue!

—¡Canalla!

—Oye: ¿te interesa mucho su suerte?

—Eso es cuenta mía.

—Y mía, Mica. Ahora tenemos que jugarnos el todo por el todo. ¿Has entendido? Yo he hecho siempre cuanto has querido. Por tí maté a tu marido...

—Por mí... y por quedarte con los cuartos.

—Sí; pero para gastármelos contigo.

—¡Romántico!... Porque se te enfriaban los huesos de trabajar y te gustó más gastarte conmigo los cuartos que el primo ese había hecho con la taberna...

—Por eso he hecho después todo lo que he hecho:



por tener dinero para tí. ¿Qué dinero ha sido ese?  
¿También el de tu marido? Yo lo sé todo, Mica. Sé  
con cuántos hombres te has acostado y cómo te has  
burlado de mí. Nunca me ha importado. Pero ahora  
tenemos que saldar cuentas. Te vienes conmigo o aquí  
terminamos. Aquí estamos solos. Aquí no puedes ame-  
nazarme ni denunciarme. ¿No has comprendido que  
tú tienes que fastidiarte a mi lado, conmigo, hasta que  
revientes? ¿No lo sabías? Mucho tiempo me has teni-  
do en tus manos, cogido, esclavizado a tí, y ahora que  
yo necesito de tí, ahora que no tengo más remedio  
que huir, quieres dejarme para ir a revolcarte con el  
imbécil ese. ¡No! Ahora, tú conmigo; a vivir conmigo,  
a molerte conmigo. ¿Lo oyes? ¿Lo oyes? Y si no quie-  
res, ¡por éstas, por la leche que mamé a mi madre!,  
que aquí te comen los gusanos. ¡Tú no cerdeas más  
conmigo! ¿Te has enterado?

Micaela apoyó despreocupadamente el mentón en una  
mano y le volvió la espalda.

—No sé a qué vienen tantas estupideces.

—¿Cómo estupideces?

—Naturalmente.

—Es que tenemos que terminar ya, de una vez. Mi-  
ca. Tú no puedes dejarme por irte con un muchacho  
idiota sólo porque le has tenido dos días en casa;  
ahora, que yo necesito de tí, que los dos necesitamos  
irnos juntos, porque a tí también pueden engan-  
charte...

—¿Pero quieres callarte ya, imbécil?—profirió vio-  
lentamente Micaela—. ¿Quién ha dicho de marcharse?

—¿No te marchas?

—¿Para qué?

Anocheceía en el monte. Mateo se desplomó sobre un banco y se sumergió en un anodadamiento brumoso. Como si acabase de salir de una pesadilla. Pasado un rato, Micaela se dedicó al trajín de la casa. Cuando la alcoba estuvo dispuesta, se acercó a Mateo.

—¿Nos acostamos? Estarás cansado...

—¡Cuánto bien me hace que estés conmigo!... ¡Perdóname!... Ya sabes tú que yo soy capaz de todo por tí...

—¡Basta de músicas!... Lo que quieras decirme me lo dirás mañana. Ahora a descansar...

—Sí; buena falta me hace. ¡Hace tres días que no cierro los ojos!...

Mateo cayó en la cama como un fardo. Micaela le ayudó a desvestirse. Apenas se cobijó en las sábanas, cerró los párpados y se sumió en un sueño denso. Micaela permaneció largo rato sentada en el borde de la cama, observando atentamente cómo se hundía más y más en el sueño. De pronto se inclinó hacia él, le acarició la frente y le reclinó suavemente la cabeza hacia un lado, hundiéndole el mentón en el pecho. Luego, rápidamente, extrajo de su bolsillo un alfiler del tamaño de un dedo, palpó la nuca del dormido y clavó el alfiler con todas sus fuerzas. El cuerpo voluminoso de Mateo se contrajo en una convulsión tremenda y en seguida se desmadejó como un montón de carne fofa. El golpe fué exacto, preciso, como lo había leído en el folletín policial.

*Cesar Falcón.*

Ayuntamiento de Madrid

obre  
mo-  
sado  
uan-  
  
Per-  
por  
  
me  
  
e no  
  
a le  
nas,  
Mi-  
e de  
más  
l, le  
beza  
echo.  
lifer  
do y  
volu-  
tre-  
ón de  
o ha-  
  
n.



# Sabéis que es embuste

la grotesca fábula del Paraíso, lo de haber habido un Jesús que se bautizase, y lo de ser sacramento el Bautismo.

Mas para saber por qué es embuste todo eso y poder demostrárselo a las cristeras, leed nuestro próximo y demole-dor número

## ADAN. EVA Y COMPAÑIA

¡Es de alivio, camaradas!

---

25 CENTIMOS

Pedidos a

  
*"Ediciones Libertad."*  
ROMA 41 MADRID